

JUAN XXIII



El primer embate de los aires renovadores que entraron en el Vaticano cuando Juan XXIII abrió sus puertas, lo sufrió la tradición protocolaria. Ciertas fórmulas caracterizadas por su rutinaria frialdad, quedaron deshechas con la sola presencia de aquel hombre dulce y humanísimo, humilde y simpático, cordial y sencillo. Se cuenta que al comienzo de su pontificado llamó a los portadores de la silla gestatoria para decirles que los doblaría el sueldo «porque peso dos veces más que mi predecesor».

JUAN XXIII

Por EDUARDO HARO TECLEN

El mundo que deja Juan XXIII al morir no es el mismo que existía cuando, hace cuatro años y medio, fue elevado al trono pontificio. Es un mundo mejor, con más posibilidades de paz, de justicia y de unidad. La parte que Juan XXIII ha tenido en este cambio del mundo es fundamental. El que iba a ser, en 1958, un Papa de transición, elegido por una especie de compromiso entre las dos formas principales de conciencia representadas en el Cónclave reunido a la muerte de Pío XII, ha dejado una huella tan profunda en la historia contemporánea, a pesar del breve tiempo de su pontificado —uno de los más breves del siglo—; que el vacío que deja al morir es escalofriante. Sobre todo porque la muerte no le ha permitido completar su obra. Todos los hombres del mundo —y no sólo los católicos— sienten la aguda trascendencia de este momento. Es posible que los judíos no olviden nunca que Juan XXIII fue quien eliminó de la liturgia pascual la palabra «pérfidos», dirigida a ellos; que los musulmanes, los budistas o los fetichistas africanos recuerden que ayudó a librarlos de la colonización; que los comunistas tengan presente que no pronunció una palabra para condenarlos —Juan XXIII no pronunció una sola palabra para condenar a nadie—, y que los cristianos de las sectas protestantes recuerden eternamente la gigantesca lucha de Juan XXIII por la unidad. Pero lo trascendente de todos estos ejemplos es que el Papa amplió en el mundo la idea de convivencia y de tolerancia, y con ello puso en marcha una serie de ideas y de acciones que gracias a él comenzaban a aceptar los políticos del mundo entero —presionados, sin duda, por la fuerza con que estas ideas arraigaron en sus pueblos— y que estaban dando los mejores frutos. Juan XXIII mantuvo la idea de que todo litigio se puede negociar y discutir; fortaleció la necesidad de las Naciones Unidas —en un mensaje de enorme valor político—; abrió por primera vez las puertas del Vaticano a los mensajes y a los representantes de los países comunistas; pidió la unidad entre los países para la exploración del espacio y la solución de los problemas económicos y sociales y, en fin, introdujo el optimismo en una época de angustia y temor. «He sido siempre optimista —dice— porque esa es mi naturaleza, incluso cuando oigo hablar en torno mío de las profundas preocupaciones que a algunos causa el destino de la humanidad.»

Juan XXIII aprendió, probablemente, este realismo y este optimismo de la misma naturaleza en que vivió los primeros años de su vida —la granja de Sotto il Monte, que no ha olvidado jamás: hace unas semanas le preguntó alguien cuál sería el mayor deseo de su vida, y respondió: «Poder trabajar en el campo junto a mis hermanos durante una jornada», y recogió la lección de la convivencia en los países donde estuvo destinado —Bulgaria, Turquía, con su mayoría de musulmanes; y donde amparó a los judíos que huían de la persecución nazi—; y Juan XXIII no fue nunca un teólogo ni un intelectual —aunque sus encíclicas quedaran en adelante como documentos fundamentales de la Iglesia—, pero su humanidad inmensa —hasta su muerte atroz ha sido tremendamente humana— le dio una medida de la vida que ha aplicado tenazmente desde el trono pontificio. Muchos teólogos —católicos y protestantes— definen a Juan XXIII como un revolucionario: sin duda, lo ha sido.

* * *

El problema en este momento está en saber cómo va a continuar, y si va a continuar, la revolución abierta por Juan XXIII. La sucesión a la Silla de San Pedro está abierta y es, probablemente, una de las más trascendentales con que se haya enfrentado nunca un Cónclave.

En primer lugar, el Concilio Ecuménico convocado por Juan XXIII está ahora en suspenso, como mandan los cánones: No trató en estas líneas de la importancia doctrinal del Cónclave, tema que no está a mi alcance, sino del gran escritor Enrique Miret; sino de la trascendencia política del Concilio. Puesto que Juan XXIII acortó notablemente las distancias —definidas por San Agustín— entre «la Ciudad de Dios» y «la ciudad del Hombre», toda acción actual de la Iglesia tiene una repercusión

Fotocolor ZARDOYA

...Y YO TRANQUILO

...**Y FELIZ** porque con **KELVINATOR** NO TENGO PROBLEMAS
KELVINATOR asegura el servicio ininterrumpido de sus frigoríficos mediante una red de **TECNICOS ESPECIALIZADOS QUE CUBRE LA TOTALIDAD DEL TERRITORIO ESPAÑOL** como una continuación de su organización internacional.

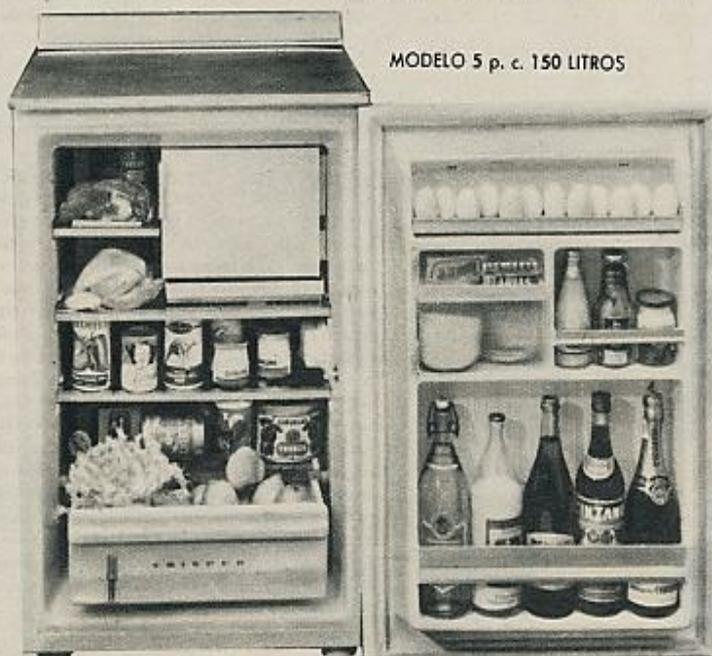


El Mago del FRIO



JUNTA DE CIERRE

MAGNE



MODELO 5 p. c. 150 LITROS

La red de servicio técnico de atención y garantía **KELVINATOR** es un aval más de su calidad y prestigio internacional que le permite ofrecer al usuario:

CINCO AÑOS DE GARANTIA

Un acierto más de **KELVINATOR** que sitúa sus frigoríficos a la cabeza de la técnica de refrigeración.

QUE HASTA LA BASE

TIENEN SUPER-CONTROL

LABOR * CAPACIDAD UTIL DE ALMACEN.

Kelvinator

AMERICAN MOTORS CORPORATION · DETROIT · USA



POZA * PUBLICIDAD KELKO

automática en la política. Sobre todo en el mundo donde se define la tensión política como la lucha entre espiritualismo y materialismo — y me parece a mí que Juan XXIII creyó siempre que hay mucho materialismo en posiciones que se proclaman espirituales, y mucho espíritu en movimientos materialistas; quizá esté equivocado—, la actitud que tome la Iglesia con respecto a las personas no incluidas en ella, es definitiva. Y el mundo, además de 900 millones de cristianos —católicos y protestantes— hay 430 millones de musulmanes, 335 de indios, 300 de confucionistas, 153 de budistas... Y un número indeterminado de ateos, fuera y dentro de estos movimientos religiosos. El Concilio está automáticamente suspendido: el nuevo Papa puede convocarlo o no. (Hubo ya un concilio, el de 1870, que se suspendió y no se reanudó jamás.) El nuevo Papa no está comprometido en ningún caso por las decisiones de un Papa anterior. El mismo Juan XXIII ha cambiado completamente la política de Pío XII con respecto al comunismo: si Pío XII proclamaba la lucha abierta en favor de la «Iglesia del Silencio», y mandaba emisarios clandestinos para tomar contacto con los católicos oprimidos, Juan XXIII ha intercambiado mensajes con Krushev y ha enviado, abiertamente, negociadores a Hungría y a Polonia, y hubiese llegado, probablemente, mucho más lejos. (También es cierto que la desestalinización ha cambiado mucho la situación de los católicos en la U. R. S. S.) Muchos observadores creen, sin embargo, que el movimiento iniciado por Juan XXIII es irreversible, que ya no hay posibilidad de «marcha atrás» sin riesgo de abrir una crisis gravísima. En este sentido se dice que las dos terceras partes del alto clero mundial —los padres conciliares— se mostraron de acuerdo con la línea política de Juan XXIII, y que la tercera parte restante la aceptó hasta un punto del que no podrá volverse atrás.

Sin embargo, hay que repetir que todo depende de la figura que elija el Cónclave. Si el cardinal Giuseppe Roncalli supo convertirse en un Juan XXIII inolvidable, contra todos los pronósticos, el nuevo Papa que sustituya a este revolucionario puede ser —en términos de cada día— un contrarrevolucionario; o puede realizar una revolución mayor aún.

Es inevitable que en estos momentos se hagan cálculos y pronósticos acerca de quién pueda ser el nuevo Papa. Es inevitable, también, una gran confusión entre los pronosticadores. Los hay que calculan que el nuevo Papa será «conservador», porque les parece que existe una «ley basculante», según la cual a un Papa liberal sucede un conservador y viceversa. (Es cierto que esta ley ha jugado durante los últimos años. León XIII fue un Papa socialmente avanzado, y su encíclica «Rerum Novarum» marcó una etapa importante en la política obrerista; le sucedió Pío X, integrista; al cual sucedió Pío XI, tan liberal que llegó hasta a pensar, según dicen, en la excomunión de Mussolini. Pío XII, después, fue hacia «la derecha»; y Juan XXIII, finalmente, ha sido considerado como un Papa «de izquierdas», hasta el punto de que algunos grandes industriales de Milán decían: «Este Papa nos lo ha enviado Dios para probarnos...»)

El fallo principal de este pronóstico estriba en considerar que pueda haber Papas «de izquierdas» y «de derechas», que puedan ser «liberales» o «conservadores». Estas consideraciones suelen estar por debajo de la envergadura moral y espiritual de los Papas. Aunque haya que admitir que en los asuntos temporales sus conciencias y sus tendencias pueden actuar con libertad.

JUAN XXIII

Si esta ley fuese exacta, tendríamos ahora un Papa «conservador». Muchos creen que éste sería monseñor Ottaviani. Pero Ottaviani representa tan radicalmente las tendencias contrarias a Juan XXIII que obligan a un cambio demasiado brusco en la línea emprendida. En la tendencia de Ottaviani, pero con mucha más moderación, está el cardinal Siri, a quien se conoce como autoritario y poco transigente. Tiene en contra su edad: 57 años. Demasiado joven. El cardinal Bea ha representado un papel importante en la Iglesia: este jesuita fue confesor de Pío XII y estaba, por tanto, en la línea de las tendencias anteriores a Juan XXIII, pero, sin embargo, supo recoger las tendencias abiertas por éste. Su inconveniente es también la edad: 82 años. Demasiado viejo...

En los grupos considerados «de izquierda» está Montini, que tiene a su cargo la diócesis de Milán. La actitud de Montini durante el Concilio ha sido extraña: no ha pronunciado una palabra. Muchos piensan que hubo un acuerdo secreto entre él y Juan XXIII para que Montini se mantuviese en una especie de reserva que le permitiese llegar al Cónclave sin desgastarse. Tiene 66 años. Para la mayoría de los observadores políticos —y no cito los comentaristas religiosos, que generalmente se abstienen de pronosticar sobre la sucesión abierta— es el que tiene más probabilidades.

Otro «papabili» es monseñor Lercano, obispo de Bolonia. Es «una réplica en más joven de Juan XXIII», según dicen. Jovial, robusto y optimista. No parece, sin embargo, que tenga muchos votos en el Cónclave.

En el centro está monseñor Marella, que fue nuncio en París con Juan XXIII y cuya mayor probabilidad está en que tendría sufragios de «derechas» y de «izquierdas» en caso de que el Cónclave buscara una solución transitoria. Quizá es demasiado joven para ser un Papa transitorio: tiene 68 años.

¿Y si el nuevo Papa no fuese italiano? Esto es algo que no ocurre desde 1552. Pero podría ocurrir. En ese caso se habla del obispo de Malinas, monseñor Suenens, íntimo colaborador de Juan XXIII; se atribuye a él gran parte de la redacción de la encíclica «Pacem in terris», y enviado de Juan XXIII para presentar la encíclica ante las Naciones Unidas... Es belga y «neutral».

Todas estas especulaciones tienen un valor muy relativo. Lo principal en la reunión del Cónclave no será, sin duda, la elección de nombre, sino el balance de la labor realizada por Juan XXIII y la manera más prudente de continuarla o rectificarla en lo necesario. Y sobre el acuerdo conseguido por los cardenales en este punto, el nombre será pronunciado. Aunque el de Juan XXIII no se olvide jamás.

E. H. T.



El cuerpo de Juan XXIII, en el salón contiguo a la habitación donde falleció. Un semblante sereno, una expresión de paz, como el esbozo de una sonrisa en su rostro. Parece imposible que el Papa haya muerto. Horas después, cuando el cadáver era trasladado a la Basílica de San Pedro, millones de personas veían esa misma expresión a través de las imágenes televisadas. También por la televisión parecía que el Santo Padre estaba durmiendo y que de pronto habían desaparecido de su cara las huellas del terrible y prolongado sufrimiento final. (Telefoto CIFRA)